



MAQUIAVELO TENÍA RAZÓN

Violencia en el Senado: rescatar el diálogo

Por Koldo Herria

"El orgullo y la altanería es otra de las causas que ocasionan la animadversión de los pueblos, sobre todo de los pueblos libres, y aunque el fausto y la soberbia no le produzcan daño alguno, odian al soberbio... atraerse el odio sin utilidad alguna es determinación imprudente y temeraria."
Discursos sobre la primera década de Tito Livio

El reciente altercado en el Senado mexicano, protagonizado por alias Alito Moreno y Gerardo Fernández Noroña, no es un incidente aislado. Es síntoma de una enfermedad crónica que carcome las bases de la democracia: la incapacidad para gestionar el disenso sin recurrir a la violencia, física o simbólica. Más allá de la anécdota —golpes, manotazos, empujones y patadas en el suelo tras los golpes, manotazos y escupitajos verbales que antecederon a la negativa del uso de la palabra—, este hecho revela tres fenómenos entrelazados: la polarización social como caldo de cultivo, el debilitamiento del parlamentarismo como método civilizado de deliberación y la erosión de la confianza ciudadana en las instituciones. Estas no son fallas técnicas del sistema, sino señales de un mal que entienden la política los protagonistas.

1. Polarización social: el abismo que alimenta la violencia. La reacción en redes sociales, donde una parte significativa de la opinión pública justificó la agresión a Fernández Noroña, no sorprende. Es el reflejo de una sociedad fracturada, donde el adversario político se convierte en enemigo existencial. La polarización no es solo desacuerdo; es la negación de la humanidad del otro. Esta dinámica se alimenta de:

- Algoritmos y cámaras de eco: las redes sociales premian la confrontación y el escándalo, amplificando discursos extremos. Lo que comienza como un desacuerdo legítimo se transforma en una guerra de tribus, donde la razón cede ante el insulto y la descalificación. El dominio de los haters.



Foto: Cuartoscuro

- Degradación del debate: la política no puede reducirse a un reality show donde se premia la insolencia. Un parlamento que tolera la humillación como táctica pierde autoridad moral para exigir respeto.

- Espectacularización de la política: algunos actores convierten las cámaras en plataformas para mensajes virales, donde el objetivo no es persuadir, sino provocar. Esto vacía de contenido al legislativo y lo reduce a un teatro de combate.

El parlamentarismo no es perfecto —su lentitud y burocracia suelen frustrar—, pero es el único sistema que garantiza que las mayorías no aplasten a las minorías, y que las decisiones se tomen bajo criterios racionales, no emocionales. Su defensa exige, paradójicamente, confrontar ideas con ferocidad intelectual, pero siempre en el marco de la civilización.

3. Confianza en la democracia: el capital que se agota. Cada golpe en el Senado, cada insulto en tribuna, cada tendencia en redes que glorifica la agresión, son ladrillazos a la frágil confianza ciudadana en la democracia. Según el Latinobarómetro (2023), solo el 48% de los mexicanos apoya la democracia como sistema, y la desconfianza hacia los partidos políticos ronda el 80%. Este desencanto no es abstracto:

- La violencia como lenguaje político: cuando los representantes legitiman la agresión, los ciudadanos internalizan que la democracia es inútil para resolver conflictos. ¿Para qué votar si al final los problemas se resuelven a golpes?

- El círculo vicioso del descrédito: la ciudadanía exige resultados, pero si percibe al legislativo como un club de peleas, deja de creer en sus leyes. Esto



- Desigualdad y frustración acumuladas: en contextos de pobreza, corrupción e impunidad, la política se percibe como un teatro de élites desconectadas. La ira contra el sistema se proyecta contra figuras visibles, incluso si eso implica avalar actos ilícitos como "justicia popular" ("se merecía el cachetadón").

- Narrativas maniqueas: la simplificación de problemas complejos en "buenos contra malos" anula los matices. En el maniqueísmo, nadie gana: la violencia se normaliza como lenguaje.

Este escenario no es exclusivo de México. Desde el asalto al Capitolio en Estados Unidos hasta el auge de extremismos en Europa, la polarización ha demostrado ser un combustible para acciones antidemocráticas. Cuando se pierde la capacidad de dialogar, solo queda la ley del más fuerte.

2. Parlamentarismo: la trinchera civilizatoria en riesgo. El Parlamento no es un salón de debates elegantes, sino un campo de batalla regulado. Su genialidad radica en sustituir las armas por la palabra, los golpes por votaciones, y la imposición por la negociación, la violencia por la política. Sin embargo, este mecanismo solo funciona si existe un pacto tácito de respeto a las reglas. El incidente en el Senado violó ese pacto de tres maneras:

- Falta de apego al reglamento: cuando un legislador ignora las normas, no solo desacata a su institución, sino que envía un mensaje de que la fuerza prevalece sobre el derecho.

alimenta la apatía electoral o, peor aún, la adhesión

a líderes autoritarios que prometen "orden" mediante mano dura.

- La trivialización de la ética pública: cuando un acto violento se celebra como "valentía" o "castigo merecido", se borran los límites entre lo aceptable y lo reprochable. La democracia se reduce a una batalla de egos, no a un contrato social.

Recuperar la confianza requiere más que discursos. Exige gestos concretos: sanciones ejemplares a quienes violenten, pedagogía pública sobre el valor

del disenso y, sobre todo, demostrar que la política puede mejorar vidas sin necesidad de peleas de barrio.

UN LIBRO, UN DOCU, UN PODCAST

Libro: "Sociologías de la violencia" (FLACSO)

Nelson Arteaga y Javier Arzuaga abordan la violencia en tanto acción simbólica que expresa sentidos y significados abiertos a procesos de inteligibilidad e interpretación para quienes la ejercen, la sufren y la atestiguan.

Docu: In Dialogue (Mediapro). Documental de Sira Abenozo grabado en Irlanda del Norte. Reúne en una mesa a ex miembros del IRA y de grupos paramilitares unionistas, a un exsoldado británico y a un expolicia en un ejercicio de diálogo como "la única forma de construir la paz".

Podcast: Los entrevistados de "A vivir que son dos días" (Podcast Podium). Entrevista a Sira Abenozo.

La reacción en redes sociales, donde una parte significativa de la opinión pública justificó la agresión a Fernández Noroña, no sorprende. Es el reflejo de una sociedad fracturada, donde el adversario político se convierte en enemigo existencial. La polarización no es solo desacuerdo; es la negación de la humanidad del otro